

La formación de un cuadro

Quitó la pava del fuego y cebó su primer mate. La yerba no le agradaba tanto como la del paquete rojo y negro; de todos modos sus convicciones le indicaban que la producción a manos de los trabajadores sopesaba las desigualdades. Dió una chupada, contuvo el trago con su lengua y expulsó la infusión en la pileta de la cocina ignorando el ritual de ofrenda a la pachamama. Descansó en el sofá chesterfield desgajado y observó el paquetito amarillo, dirigió sus ojos hacia la hoja, cargó una vez más el mate de carpincho y sorbió un trago profundo que ardió desde su garganta hasta el estómago. Permutaba el desayuno con su teléfono celular inteligente. Por un instante se percató de la marca del dispositivo, recordó haber leído que se producía en Corea y dudó si fuera acaso dónde aquel desquiciado experimentaba con armas de destrucción masiva. Suprimió el recuerdo de aquella noticia gráfica en que se detallaba la producción en serie de los teléfonos, la trágica muerte del operario que pasó días sin dormir y el escandaloso colmenar de descansos para los trabajadores.

Inició la aplicación de la red social y despachó su publicación, su argumento crítico y altruista dirigía los cañones hacia el norte de siempre. Tomó el último mate, se quitó las pantuflas y se vistió. Desató un debate poco profundo para su intelectualidad en construcción y finalmente decidió calzarse con las zapatillas de la pipa -sus compañeras del partido lo felicitaban por el buen gusto y el precio ventajoso de comprar por internet-.

Mientras caminaba, presuroso y fumando un cigarrillo, leía los textos que llegaban a su teléfono. Sintió zozobra de sufrir un arrebato pues las calles aún permanecían oscuras, el barrio despertaba y lo más angustiante -no podía ocultarlo- resultaba de su batalla interior; en efecto, temía por el costo de aquel aparato. Llegó al punto de encuentro

donde los tres colectivos aparcaban en fila. El cuadro del partido lo reprendió por la demora. Le ordenó usar la pechera y detalló el itinerario. Mientras se presentaba al chófer -inevitable resultaba- un nuevo conflicto lo afligía: no dejaba de verse ridículo con su chaleco.

La autopista colapsaba. Recibió las órdenes que transmitió al conductor. Bajaron antes de la arteria estrella de la ciudad del ancho río. Comenzó a calcular si llegarían a tiempo. Concluyó negativamente sin sospechar la estrategia de las jerarquías del partido -cobardes dilaciones por disputas de calles y banderas-. Marcharon por lugares aledaños hasta el parlamento. Cruzó argumentos con referentes de las facciones más radicales sin dar crédito a la acusación de funcionalidad institucional a la cueva de bandidos. Entre idas y venidas de protección a la pequeña columna saludaba a sus compañeros de trabajo, preguntando en cada caso el medio de transporte que los llevaría de regreso. Se disgustaba con aquellos de opción independiente, sin declararle sus pareceres. No oyó a los oradores por causa de la demora. En su ideario resultaban todos traidores.

Los cuadros dirigentes lo incluyeron al epílogo de la jornada. Sintió satisfacción y seguridad pues unos pocos compañeros -de baja formación y alta intensidad afectiva al referente de su sector- compartían a menudo esos espacios. Bebieron cerveza fría y cenaron la tradicional pizza de Las Cuartetas. En silencio se disgustó con el mayor exponente de su sindicato, creía una zoncera tomarse autofotos con teléfonos que luego publicarían en las redes. No encontró argumento para excluirse y jamás pensó en reprochar aquella escena. Atentamente observaba a los dirigentes del partido, el sindicato y los referentes. Analizaba las estrategias y un fulgor de emociones recorría sus fibras ante las citas a la lucha de clases y la comuna de París. Se reconoció desorientado acerca de las reivindicaciones mínimas y asumió su necesidad de estudio.

Regresaron en auto particular a los barrios del oeste. Desde la avenida

Rivadavia se asomaron las tribunas del estadio de su equipo, una vez más confirmó cuán bonito era, al tiempo que equiparaba las carencias de popularidad con el orgullo de la tradición familiar.

La tarde del sábado de primavera le resultaba exquisita; con su pequeña jarrita refrescó las plantas de su incipiente jardín interior. Tomó una foto del mamotreto que describía las revulsiones de comienzos de siglo en el viejo continente; su autor lo deslumbraba, por momentos le causaba un placer que sólo reconocía en sus experiencias sexuales más libertinas. Comprendía perfectamente que no completaría su lectura y sin perjuicio de su ética intelectual publicó en la red social la instantánea del momento. Intercambió mensajes con sus compañeros. A cada texto recibido posponía la respuesta, experimentaba una pulsión por chequear los “me gusta” de su más reciente publicación. Lograron acordar el bar que las cervezas habituales reclamaban.

Tomaron una de las mesas de la vereda. Conversaron largo y pausado, el menú de teorías y propuestas desafinaban con los tonos de sus voces. Bebieron un par de cervezas artesanales y no dudó en recomendar la de mayor cremosidad, color oscuro y sabor ahumado con un pequeño rastro de chocolate. A poco llegó una pareja de compañeros que tal vez se colocasen en rango de amigos. El despojo de un ideario construido con distancia más que prudencial hacia las doctrinas de partido prematuramente dió a luz al intercambio de ideas. Rápidamente colocó a los recientes la etiqueta de ácratas. El clímax del intercambio se produjo ante la definición irreversible de carencia de argumentos puros e impolutos para el socialismo de la aventura latinoamericana. Como corolario y sin incomodarse calificó de burócrata al guerrillero de las pampas. La doctrina surtió efecto: inocular el antídoto contra el héroe de clase, dando muerte y sepulcro final a los diarios que en su juventud temprana había devorado.

Llegó unos minutos tarde, la asamblea general había comenzado,

mientras detallaba el análisis de situación, el secretario general del sindicato lo observó por encima de sus anteojos. Le recordó a su profesora de historia en la secundaria, mientras dictaba los apuntes de la guerra civil española. Se abrió camino entre las facciones que respondían a la conducción. Llegó a las primeras filas y se colocó de frente al gentío. Descansó su osamenta apoyado en el escenario, a un lado del panel central y con distancia calculada para evitar ser tomado como un ladero de las jerarquías. Remangó su sweater de hilo dejando ver su tatuaje que en letras de acabado artístico reclamaban el cambio social. El discurso del secretario general abandonaba las formas e incrementaba su potencia, las ironías afloraban y la mirada se dirigía hacia el sector de las facciones que habitualmente osaban complicidad con la dirigencia central. Una vez más le faltó valor para incluirse en la lista de oradores. Permaneció en su posición y se sintió satisfecho.

Tomó el primer mate y lo escupió. Publicó en la red social, la crítica y la opción electoral se correspondían. Sacó una foto de su más reciente adquisición literaria, una novela cuyo protagonista lo excitaba. El amor por los perros ejercía una suerte de fase en espejo. Ignoraba por completo el sarcasmo subliminal hacia su reciente dogma de ideas. Por la tarde hizo una nueva publicación: la foto de su libro.